

na disposicion, porque realmente el emperador la tenia de proteger á México contra nuevas usurpaciones de nuestra ambiciosa vecina, sin ningun interés por su parte; pero los oligarcas veian en ello además, el corte de un mal ejemplo que va cundiendo, y una ocasion que se venia á las manos para la solucion de otras cuestiones. Como la enunciaci6n de la idea habia de abrir el concurso á las candidaturas, seria necesario ocurrir á este embarazo; más poniendo en un tratado de coalicion la cláusula de que ninguno de los aliados habia de optar para sus familias reinantes, se le cortan los vuelos á la España, que querria deducir de mejor derecho y queda la ocasion que ni mandada hacer para remover otros embarazos que apremian por el lado de la casa de Austria. El mayor de los embarazos para la ejecucion, era necesariamente el gobierno que hubiera en México, que era preciso comenzar por echarlo abajo. Le tocó al Sr. Juarez. Todo lo que se ha dicho de él, es porque él era el que ocupaba ese gobierno; lo mismo se habria dicho de cualquiera otro, por más santo que fuera; no seria sino un monstruo, que acumulaba crímenes, á quien era preciso quitar de enmedio. Así fué, que aunque se le habia reconocido oficial y solemnemente, aunque se le habia incitado á acabar con sus enemigos, ofreciéndole para ello el apoyo de la Francia: aunque se le volvió á reconocer en un convenio diplomático-militar, todo se desconoció, ni aun se quiso entrar en conferencias con él y decirle la culpa, por no correr el riesgo de que todo asistiera, y desarmara al que no queria más que quitarlo. Todo lo que ha sucedido al ponerse la mano á la obra desde la llegada de la coalicion las á costas de la República, y despues de este hecho, ya lo sabe vd. Disuelta esa coalicion, divorciados los aliados porque no quisieron ayudar al patrocinio del precursor del monarca, y porque no se les quiso decir el nuevo ó nuevos agravios que habia hecho el gobierno de Mexico, y el motivo por qué no se queria cumplir lo pactado, tomó el comisario frances la empresa por su cuenta; no teniendo uno solo en toda la República que viniera á saludar al jefe supremo, se puso á la disposicion del partido para cuya destruccion animaba ántes al Sr. Juarez: quiso ir adelante á tentar con las fuerzas combinadas lo que no le habia salido bien por la aclamacion que esperaba: atacó vigorosa y reiteradamente en Puebla: no pudo con el valor y táctica de sus soldados, tomar un punto que no era Sebastopol: ya puede vd. imaginarse

qué parapetos se podrian hacer en el espacio de una noche por unos pobres soldados, hechos pedazos de fatiga, llegados en esa noche y teniendo que batirse al dia siguiente; la intervencion armada se vuelve de las puertas de la primera ciudad que encuentra en su camino, y se retira treinta leguas á fortificarse en la que ántes habia ocupado por hospitalidad y por un engaño.

Hoy ha cambiado ya toda la política: se ha variado de medio. Ya no se trata del rey Maximiliano, ni del jefe supremo precursor, porque se ha visto que de nada ménos que eso se queria en la nacion. Ha sido un desengaño cruel. S. M. el emperador ha visto que ha sido completamente engañado, que se ha jugado con su respetable nombre; que su buena disposicion por México y su deseo de hacerle un bien, se ha ido á explotar por unos mexicanos, de los cuales hay que hacer tres clases: unos, puros en sus opiniones; pero engañados ellos mismos; otros vengativos, y otros que soñaban en las dignidades de palacio, y á quienes no encomendaria S. M. ninguna funcion seria en su casa, ni en ninguno de los ramos de su administracion, y así como ha retirado justamente su gracia y proteccion á Almonte, debe estar indignado contra todos los demás, por el papel que le han hecho hacer. Ahora debe estar convencido de que le apreciábamos más sinceramente los que le informábamos lo contrario, los que le deciamos la verdad. Pero ya no se trata de agravios que ha estado sufriendo la Francia, durante veinticinco años; ya no es la cuestion una inmensa deuda pagada, y despues arrebatado lo que se pagó. Hoy la cuestion es reparar el honor militar: nuestro crimen es habernos defendido, y como este crimen lo hemos de seguir cometiendo, las ofensas á la Francia subirán de número y de punto cada dia.

Ahora es la responsabilidad ante la Francia misma, por haberla comprometido en una guerra lejana, dispendiosa, injusta é inútil: y como la política que en ella se ha guardado, ha sido errada, y la diplomacia deshonrosa, y los ensallos militares desgraciados, se tiene que pedir al cuerpo legislativo que tenga esta guerra por patriótica *por amor de Dios*.

Más como una cosa no puede ser virtud y vicio al mismo tiempo, si nosotros hemos hecho mal en defendernos, entónces la Francia, lejos de ser heroica, ha sido criminal, cuando ha repelido tres coaliciones europeas contra ella, que tambien iban por su bien, á salvarla del reinado del ter-

ror y de los que vendian su territorio, ó librarla del despotismo militar. ¿Qué diría ella si no nos defendiéramos? ¿Qué diría del Sr. Juarez, si con el sombrero en la mano le fuera á rogar que no nos tirara cañonazos: si al que manda legiones llevando la muerte y la desolacion, le mandara legaciones y ministros de paz? No: nosotros preferimos su ódio á su desprecio.

Ahora, ¿qué se entiende por honor militar? ¿Ir hasta México á probar lo que nadie le ha disputado á la Francia, sus glorias y el valor de sus soldados? Nadie lo sabe con los suyos mejor que México, y esa es su gloria; haber hecho frente y vencido á los vencedores de otros pueblos, que efectivamente cargaron contra ellos tres y cuatro veces: en la primera con el mayor denuedo, y en las otras con más y más rabia y desesperacion de haber sido repelidos. ¿Qué se entiende por reparar el honor militar? Pues, qué ¿la sangre que derramen en cien batallas, el triunfo ó los triunfos que puedan alcanzar en los azares de una guerra prolongada, darán á esa guerra una justicia que nunca ha tenido, ni bastarán á borrar las páginas de la historia? Digo páginas, porque no me refiero solamente á Puebla: los mexicanos están acostumbrados á derrotar franceses. El 5 de Diciembre de 1838, fueron repelidos de Veracruz, á donde desembarcaron, denodadamente como siempre, pero que no pudieron tomar despues de ocho horas de combate. Allí fué mutilado el general Santa-Anna, por la metralla del cañon que quitaron los mexicanos á los franceses, y á quienes hicieron reembarrar. La toma de la fuerza de Ulúa, fué debida á otra maniobra, parecida á la de los tratados de la Soledad y al candor del gobierno de entónces, que habia dado órden de no impedir que se apoderaran los buques de la escuadra, guardando la nécia materialidad de no disparar el primer tiro. Las banderas que se ostentan en el museo de Versalles, no se tomaron en la pelea, como las decoraciones de Magenta y Solferino, que ahora han quitado los mexicanos; sino halladas en los almacenes del castillo. Pero *c'est ainsi que l'on écrit l'histoire*, dice Voltaire. En Julio de 1854, un batallon de franceses, al servicio y á sueldo de la República, se rebeló en Guaymas, (segunda intentona francesa sobre la Sonora), y fué batido y subyugado por menor número de mexicanos, al mando del valiente entre los valientes, del honradísimo soldado del pueblo, gueneral Yañez. Esto no lo digo

yo, lo dijeron los franceses prisioneros, en una exposicion á ese general, dándole gracias por su humanidad, de no haber fusilado más que al que los vino á seducir. A todos los demas los mandó al gobierno, y el general Santa-Anna no les impuso castigo ninguno, no los puso á las obras públicas, ni aun los retuvo en prision, sino que los entregó al emperador Napoleon, para que hiciera de ellos lo que quisiese, en testimonio de su deseo de cultivar la buena amistad entre ambos países. Vd. se debe acordar, porque fué asunto que nos dió materia para ocuparnos varias veces, y además, vd., en su celo por el buen servicio del emperador, y su adhesion á la persona de S. M., me citó este hecho algun tiempo despues, con ocasion de otro testimonio de alto aprecio del gobierno de México, al mismo emperador Luis Napoleon. Estas han sido siempre las acciones de los mexicanos con la Francia. Esto no citó el Sr. Billault, en su informe á la Cámara, y esto es lo único que podia haber citado con verdad, porque estos son los agravios que la Francia está cansada de sufrir, despues de veinticinco años, de parte de México.

Pues esta es hoy toda la cuestion, señor ministro. Algo de lo que he expendido en esta carta, lo puede vd. mismo testificar; otra parte la encuentra vd. en informes de los ministros á sus gobiernos, y en la correspondencia de los mismos gobiernos entre sí. Para lo que vd. no halle comprobado ó en estas fuentes ó en sus propios actos durante los largos años que en la República y en el imperio estuvo en sus manos la direccion de los negocios exteriores, y cuyo período entra en aquellos veinticinco años, no quiero que vd. me crea sobre mi palabra; pero sobre el conjunto de la cuestion entera, tomándola desde su principio, y en todas sus emergencias hasta su estado actual, apelo al buen juicio de vd.; de vd., cuyo nombre es europeo, que ha figurado en las grandes cuestiones continentales, y de que es una prueba esté mismo nuevo llamado al ministerio, para libertarme de la nota de adulacion aunque en las circunstancias en que nos hallamos seria lo que vdes. llaman *déplacé*, de vd. que no necesita carrea, porque ha sido cuanto hay que ser en su patria, ménos emperador, y todo lo ha renunciado; que no tiene fortuna que hacer y está tan arriba de pequeñas pasiones y de toda clase de intereses: dígame vd., allá cuando no se ocupaba vd. más que de sus flores y de sus razas exó-

ticas, y de aclimatar todos frutos en su país, ¿no ha pensado vd. más de una vez en esta cuestion, y no le ha dado á vd. pena, como amigo de los mexicanos? Pero sobre todo, como buen francés, ¿no le ha llamado á vd. la atencion la ninguna popularidad de esta guerra de Francia con México? ¿qué no hay un pueblo en toda Europa que haya manifestado sus simpatías por ella, y si hay protestas expresas en Hamburgo, en Bremen y en otras partes de la Alemania? que no hay uno de los que han empujado para ella, que no tenga su interés personal, y que son marcados por un lado los tenedores de bonos mexicanos en Manchester, porque esperan que los bonos subirán en la bolsa con la monarquía en México, y que á los comerciantes poco les importa que esa paz sea la de Varsovia, y por el otro, los diversos adeptos de los muchos príncipes sin destino que salieron de todas partes á la candidatura? que no se hacen votos por su buen resultado y al contrario la prensa de Europa y América la condenan de consuno y describen con proligidad los festejos y las ovaciones al nombre de los patriotas mexicanos, y los brindis á su gloria y al triunfo de una gran nacion de América escandalosamente invadida? No llegó á noticias de vd la acogida frenética de admiracion y de entusiasmo que se hizo al general Prim en estos Estados Unidos, y que de todas nacionalidades se disputaban el honor de ser la primera en obsequiarlo, y que este honor lo tuvieron la España y todas las repúblicas españolas, mirándolo como es en realidad, el político más entendido de la época, el vínculo de la una con las otras y el presagio de la futura grandeza é infalible poderío de todas? Si ese hombre ilustre, no es grande de España, es grande en el mundo y en muchos siglos. En el senado, como de liberante independiente y fiero en su independencia como vd., defendió, y él solo contra todos, la causa de México; más como es un conjunto de lealtad y de justificacion en primer grado, dijo que aquellas eran sus convicciones, pero que él era soldado, y si su reina lo mandaba, cumpliría con sus órdenes. Fué, vió por sus ojos: trató con mexicanos dignos de tratar con él; se confirmó en sus convicciones, se avergonzó de que otro, que no era más que soldado, le hubiese precedido invocando la memoria de Hernan Cortés, pero no quemando sus naves como aquél, sino tratando á los mexicanos como los hacendados de Tierra Caliente á sus peones;

reconoció la verdad; entró al terreno de los verdaderamente grandes, el de la razon, y en él no podia ser inconsecuente consigo mismo. Y luego el hombre que tiene veintiseis cicatrices en su cuerpo, el que más tiene en toda España; el segundo ejemplo de Leon, de entrarse en una fortaleza metiéndose por la tronera misma de un obus; el que acababa de tomar los Castillejos en Marruecos á la cabeza de su columna, y decidido una batalla no tenia necesidad como soldado de venir á acreditar su valor en México, y como buen español, ni quiso romper una palabra empeñada, ni prestar las armas de su reina y el pabellon de su patria, en papel secundario, para empresas ulteriores, que violaban la coalicion de Lóndres y que no estaban en sus instrucciones. ¿Quién habria de imaginarse que despues de la carta que un tal hombre dirigió al emperador de los franceses, no hubiese entrado al desengaño y la renuncia á su empresa en el ánimo de S. M.? Si le hubiera hecho el honor de llamarlo, de una conferencia habria dependido, estoy seguro, librar á su alto nombre y su prestigio en el mundo del mal paso en que lo han comprometido; pero con S. M. hicieron sus consejeros lo que en la Cámara, que cerrara sus oídos, no prestándolos más que á un mal entendido patriotismo.

He invocado el buen juicio de vd. en la totalidad de la cuestion, porque quien dió principio á ella, fué la España, con lo que ha tenido por lo que ha llamado infraccion del tratado de 1863, y ahora renovaba por la expulsion de su embajador y por la aprobacion del tratado de Mon-Almonte. En ambas pretensiones era injusta; en cuanto á la primera, no hay más que ver que el que ella misma nos ha hecho justicia en sus discusiones del Senado, que no intento repetir.

En la segunda, no se podia exigir que un gobierno ratificara lo que hizo uno que no tenia sus poderes, ni que refrendara ó reconociera lo que habia hecho el que en México se llamaba gobierno, del que jamás podrá tenerse por sucesor sin conspirar contra sí mismo, y que aun para las naciones extranjeras no habia tenido más apariencia de gobierno que la que le habia querido dar ese mismo embajador, él solo. La naturaleza del tratado, repugnaba tambien la aprobacion de cualquiera nacion que se respete. ¿Quiere vd. que se lo traduzca á la realidad? En él no se ha pactado otra cosa, sino que México castigase á sus criminales: que pague lo

que no debe: que indemnice á un español, porque los ladrones le mataron á un hermano: y que este ejemplar no sea ejemplar; que este precedente no ha de ser precedente. ¿Puede nada de esto ser materia de tratado? Todas las naciones cumplen con sus leyes, no porque tengan tratados con las otras sino porque son sus leyes. Hacerla, pues, firmar á una nacion, no puede tener otro carácter que el de querer humillarla, y con respecto á México, tanto más claramente cuanto que ya no tenia caso. El Sr. Comonfort, hizo cuanto estaba en su poder y mucho más de lo que habria hecho ningun otro gobierno, y aprehendió á los criminales; estos se juzgaron y ejecutaron en el tiempo del general Zuloaga. Con que todas las administraciones de distintos colores políticos, han probado que en México se cumplen las leyes sin necesidad de tratados.

Lo demas, ni aun merece comentarse de nuevo; es en una parte absurdo y en otra una indelicadeza y proteccion al fraude: todo ello fué materia de aquellos folletos que escribí en Paris, y de que vd. se acordará. Ellos merecieron la aprobacion de D. Juan N. Almonte, que de Lóndres me pedia más ejemplares, y lo notable es, que fuese luego á firmar todo y precisamente lo contrario de lo que se habia defendido, y que hayan tenido más sentimiento que él, de la justicia de la República, todo un gabinete español, un senador español, y tres plenipotenciarios españoles en México. Así es, que si por la noble conducta del general Prim todo el ardimiento que habia contra España, se convirtió en entusiasmo y amistad por ella, hasta el punto de que todo habria quedado zanjado si el conde de Reus se hubiera detenido un dia más en el país, lo que es aprobar el tratado, y con ese nombre, jamás lo habria hecho ni lo hará la República, porque de un sólo golpe iria á echar por tierra sus esfuerzos de más de doce años de defensa de su justicia y de su dignidad, y á dejar entender que todo no habia sido más que un capricho por desprecio á la España, lo que nunca fué su ánimo. En tanto que la España no conteste una cierta nota del gobierno del Sr. Santa-Anna, de 24 de Marzo de 1854, no puede sin desdorararse á sí misma, empeñarse en envilecer á su amiga y su hermana la República de México.

Hay en esto que se llama política de los gobiernos, cosas que no se comprenderian si ellos no tuvieran otras miras ocultas en

los pretextos de sus empresas. Si el gobierno español tiene tanto empeño en proteger á dos ó tres personas, aunque no todas sean españolas, que emprende una guerra lejana por cobrar dinero para ellas, ¿por qué no les regala ese dinero que quieren, que le saldria más barato que el solo envío de una escuadra? Y hoy, como no sea para esos individuos que al fin le salieran con la suya, despues de haber encendido la guerra entre tantas naciones, y como no sea reconocimiento de sus altos títulos, lo que es dinero y satisfaccion, México le dará á la España cuanto quiera, que en más aprecia su amistad y la importancia de su union para los futuros destinos de ambas. Para venir al fin á aprobar semejante tratado, como el llamado Mon-Almonte, no habia necesidad de la mediacion de la Francia y la Inglaterra. Vd. sabe, aunque ya no estaba vd. en el Ministerio, que el emperador no la promovió y la ofreció para echarle el pleito en contra á México en todos los puntos. Vea vd. hasta qué grado consiguió D. Juan Almonte cambiar el ánimo y las disposiciones de S. M., que no habiendo habido mediacion, se pretendió que el tratado llevara las firmas de los ministros de las potencias que la habian ofrecido.

¿No le ha llamado á vd. la atencion en su calidad de particular, que en la misma Francia no ha tenido popularidad la expedicion á México; que hasta donde puede atreverse la verdad á aparecer, se ha hecho una oposicion en el cuerpo legislativo y en la prensa que no está asalariada; y que no hay más que los periódicos que son órganos del gobierno, que se empeñan en hacerla popular, desahogando contra aquella República una cólera prestada, y temiendo que referirse á las *claras y francas* explicaciones de M. Billault, como dicen *La Patrie* y *El Constitutionnel*? ¿Y no observa vd. que no se ha emprendido por ninguno de ellos la impugnacion de los manifiestos del Congreso de México y del Presidente Sr. Juarez, porque ni aun así se ha querido que el público tenga conocimiento de ellos, que son un modelo de moderacion, al mismo tiempo que de una argumentacion irresistible? ¿Tiene vd. noticia de alguna de tantas publicaciones que allí se han hecho en opúsculos por extranjeros en defensa de la República, y con objeto de hacerla conocer mejor por la Europa? Es regular que no; porque no me ha avisado vd. de haberle llegado las que le he remitido. Apenas fué conocido en la República el discurso de Mr. Bi-

llault, treinta refutaciones ex-profeso aparecieron por todas partes, rectificando las especies adulteradas, desmintiendo los hechos falsos, interpelando á todos los extranjeros, especialmente á los franceses, á que dijese de cuál de ellos tenían conocimiento. ¿Ha visto vd. alguna de esas impugnaciones? Seguramente tampoco. ¿Por qué si hay hechos y documentos para refutar esas defensas, se abandona un triunfo más glorioso que la gloria militar, como es el de la razon, se prefiere el medio de que se ignoren? ¿Por qué los ministros plenipotenciarios franceses y los caudillos de la expedición, que dicen en sus proclamas que por donde quiera que va la bandera francesa no lleva más que la civilización y la libertad, interceptan la correspondencia, y desde que están allí no se ha tenido aquí ni en Europa, un sólo periódico de México, y no circulan en Francia más noticias del estado del interior que las que ellos mandan, llenas de absurdos y de hechos enteramente falsos?

Pero aquí estoy yo y estamos otros mexicanos fuera de la zona que ellos ocupan en nuestro país, y si no en Francia, haremos saber la verdad en el resto de Europa.

Pues si este conjunto de circunstancias no ha podido dejar de dar lugar á la duda y á las presunciones de un particular, sin más nociones que las de la publicidad, ¿cuál no ha debido ser la extrañeza de vd. con el vacío que habrá encontrado en su calidad de ministro, de piezas que debieran obrar en esta tan grave cuestion? Su pena habrá igualado á su asombro por el modo de manejarla.

De luego á luego se ha encontrado vd. con que el gobierno de los Estados Unidos no aceptó el convite para entrar en la coalición. Se negó neta y categóricamente, y dijo á los plenipotenciarios de las tres potencias en Washington, y á los suyos en Londres, Paris y Madrid, para que lo dijeran á aquellos gobiernos, que no solamente no tomaba parte en semejante cruzada, sino que daba á su ministro de México la orden de ofrecer al gobierno de la República, por un tratado, ó su garantía ó el préstamo de los millones que fueran necesarios para el pago de los intereses de todas las deudas. Yo me alegró que este tratado no haya sido ratificado, porque aunque es enteramente falso que por parte de México se hipotecaba el territorio de la República, los terrenos baldíos de algunos Estados podrian convertirse en materia de cuestiones que un día vinieran

á dar el mismo resultado, ó en una definitiva separacion del Sur en esta República de los Estados Unidos, ó cuando viniese á la Union algun gabinete que no profesara los principios del actual. Si el interés del gobierno de la Francia por México fuera sincero, con su garantía se habria tratado de obviar á este inconveniente, y con su colonización en esos terrenos, se habria hecho efectiva esa garantía y admitido este suplemento de los Estados Unidos, se habrian acallado los clamores de los tenedores de bonos mexicanos, porque con el pago asegurado del interés, habrian tenido una alza creciente cada año en la Bolsa, y les proporcionaba muy lucrativas especulaciones; pero no es eso lo que se queria.

Quitado este pretexto, se disminuía tambien la fuerza facticia del de los horrendos insultos y los agravios sistemados.

Allí ha debido vd. encontrar una leccion que en esta parte da el gobierno de Inglaterra á la susceptible Francia. La comunicacion de Lord John Russell á M. Stewart, en 28 de Julio de este año. En ella hay un párrafo que dice:

".....Ni la pérdida de la materia primera de las manufacturas tan necesarias para una gran porcion de nuestro pueblo; ni los insultos constantemente amontonados sobre el nombre británico, en discursos en público y en producciones de la prensa; ni el rigor excesivo, inusitado entre las naciones, con que han sido tratados los súbditos de la reina que han intentado romper el bloqueo de los puertos del Sur, han inducido al gobierno de S. M. á desviarse una línea de su sistema de la más imparcial neutralidad."

Allí ha debido vd. encontrar las instrucciones de los gobiernos de las repúblicas españolas á sus representantes, protestando contra esta invasion: allí deben estar las constancias de las gestiones que han hecho algunos ministros extranjeros cerca del gobierno imperial, ofreciendo la mediacion de los suyos para que se corte esa desavenencia no motivada con México, y la respuesta que se les ha dado: debe vd. haber visto decretos de los Congresos de varias de las repúblicas, para reconstituir el anfiteónico y hacer una alianza continental: que en varias de ellas se han celebrado juntas populares para mandar á México un contingente espontáneo, en oficiales que se han ofrecido á ir á tomar parte en defensa del gobierno mexicano contra la intervencion, y en fondos para los hospitales militares; y de todas se man-

dan ministros á acreditarlos cerca de ese gobierno, precisamente ese, y con orden de no reconocer ningun otro, formado por los franceses ó por su influencia. Al salir he dejado al del Perú, y de aquí he visto partir al de Chile y diez otros están en camino. ¿Qué más? Entre los mismos soldados de la expedición, al ver el estado del país, con un gobierno, único en todo él, regularizado y con ejércitos y generales á sus órdenes, y viendo el carácter dulce y hospitalario en el trato comun de los mexicanos, con quienes han estado en comercio durante la espera de sus refuerzos, se preguntan: ¿por qué van á hacer la guerra á los mexicanos? ¿en qué les han éstos ofendido? Pero, que pues que su emperador los manda, razon ha de tener." Algunos no se han rendido á esta fé con que los otros sin ver creen, y se han pasado á las filas mexicanas. Esto lo han declarado dos prisioneros, y sus declaraciones se han publicado. A alguno, que está en casa de un general en México, y que se salió con otros cinco de Veracruz, le he oido yo mismo dar por motivo de su desercion, que ellos se habian batido en las calles de Paris, el 2 de Diciembre, por la causa de la República, y que ¿cómo habian de ir á hacer la guerra á un pueblo libre?

Por aquí inferirá vd. lo que yo me atreveré á decir en una carta á vd., por la pena que le causará, vista su adhesion al emperador, y me causa á mí tambien, recordando los testimonios de benevolencia con que tuvo á bien honrarme, á saber: de qué manera se hablará de Napoleon III desde el estrecho de Darien hasta el de Magallanes, y cuánto es de deplorar que de un extremo al otro de todo un continente, este nombre no sea, como debiera, acompañado de la admiracion, del respeto y del deseo de larga vida del que lo lleva y de su dinastía, en vez de que los que llevan el de Prim y de Favre, dan el suyo á las calles y plazas de muchas de las bellas ciudades de América; y sociedades patrióticas, científicas y literarias, se honran con inscribirlos en sus registros.

Hecha la historia de lo que hizo nacer la idea de una expedición á México, descorrido el velo de las verdaderas intenciones que se han llevado en ella, que nada han sido ménos que su bien, probado que no se ha podido engañar al mundo en los hechos que se han inventado para darle alguna honestidad, y cuya invencion ha realizado, ó nunca, la fábula del lobo con el cordero, no ha quedado otra cosa que el pobre recurso á que ha apelado el gene-

ral Forey, y dice que lleva orden expresa de decirlo: que nos va á libertar y á traernos la civilización. Y como, en caso que fuera cierto, nadie le ha pedido este favor y como en lo que se llama derecho de las naciones reina el mismo principio que en el derecho privado, de no hacer beneficio contra la voluntad del beneficiado, el general con su proclama aparece como la realizacion además de la otra ingeniosa fábula de un poema español.

No, señor: nadie lo ha pedido, y ni el ministro Saligny, ni el sin cartera Billault, ni ninguno de los que han andado corriendo las córtes en Europa en busca de un príncipe á quien regalar su patria, podrán exhibir cartas, ó documentos cualesquiera que por el número de ellas, ó siquiera por la calidad de las personas, se pudiera decir que son firmas conocidas en México y con las que ellos se creyesen autorizados para decirse apoderados de la República, siquiera presuntos. Asombra que gobiernos que pretenden ir á otra parte á dar lecciones de tales, no hubiesen tenido la circunspeccion de pedir esas credenciales, por mas que fueran de carácter privado, lo cual sería por eso mismo la prueba de la opresion de los ciudadanos de la República. Almonte, que se ha atrevido á decir que estando de ministro de la República en Paris, se le escribió del gobierno militar de Tacubaya oficialmente, para que gestionara la intervencion francesa en México, acaba de ser públicamente desmentido. Acompaño á vd. impresa una carta de D. Miguel Miramon, datada el 5 de este mes, en que lo interpela á que exhiba la comunicacion suya en que le hubiera hecho tal encargo. ¿No es un baldon para Almonte, para Saligny, para Billault y para el gobierno que apoya á semejantes pretendientes, que se valen de tales medios, que no se profiera una sola especie, sin que luego venga el mentís de las personas mismas que se citan? Esa carta es un documento precioso de la mia, porque verá vd. en ella que se conserva el espíritu de partido con respecto á las disensiones intestinas, y todavía se llama demagogu á la potestad civil, y sin embargo, se rechaza la calumnia de haber llamado á la intervencion, aun la de simpatizar con ella, y se manifiesta la disposicion de ir á combatir.

Desde que ella asomó, unos tras otros de los jefes que quedaban á la reaccion, se han ido poniendo á las órdenes del gobierno: y á fé que en el campo de batalla y con la victoria, y con su sangre, han sella-